

Si en "Sentido de lo clásico" José Gabriel formula conceptos complementarios y edifica, párrafos tras párrafos, su catilinaria contra todo imperialismo que arranque de Roma y contra la pretensión oficialista de una hegemonía mundial de la cultura, en los capítulos "El mundo actual", "Problemas artísticos y problemas humanos", "La literatura moderna" y "A un europeo", procede a la aplicación de su doctrina, rehabilita la naturaleza particular de las nacionalidades, sigue su desarrollo hacia un federalismo —continental primero, mundial después—, se pronuncia de modo afirmativo con respecto al propio "lote histórico-geográfico" y, en un fértil revisionismo, juzga la cuestión literaria desde el punto de vista de los problemas técnicos —literatura clásica— y los problemas de existencia — literatura nacional.

*Entrada en la modernidad*, es decir, entrada del pueblo en la Historia, en lo substantivo de su energía creadora, de su capacidad de vida y de cultura... Entrada en lo vivificante de un tema: tal la hazaña que cumple José Gabriel, y la cumple en tono antiépico, tomando el continente y la sustancia, no del mito, sino de la calle, de las condiciones sociales que influyen sobre el valor de la literatura popular. El curso de su criterio revisionista, de su nueva toma de valor —sobre todo en lo que atañe a la novela— lo remonta al *Cantar del Cid* y a *Martín Fierro*, modelos anticlásicos, de estructura más humana que artística, y el concepto de lo popular-nacional, rescatado de la erudición petrificada, de lo árido y farragoso, al esclarecerse, ancla en el hecho de que "cada pueblo trata de desarrollar su carácter, pero buscando en su desarrollo los puntos de coincidencia que puede tener con los demás".

El inicial trayecto que significa *Entrada en la modernidad*, queda cumplido, desde el principio de asombro platónico implícito en el saber, a la función espectante que circula por todo el libro, a su indagatoria filosófico-social y a la actitud gabrielina de pensador que realiza, por encadenados revisionismos, experimentos humanos, y que cuenta el resultado de ellos, con tono cordialísimo y un tanto donairoso, a otros espíritus capaces de rehacer, a su vez, el camino de tales experimentos.

\* \* \*

ETHEL KURLAT, *Los días oscuros*.—Buenos Aires, Edición privada, 1943.  
180 pp.

Se puede ser a un tiempo mismo un poeta intenso y un cuentista de intimidad dramática. Tenemos de ello, en la figura de la argentina Ethel Kurlat, un testimonio impar. Podríamos considerarla como una mujer efusiva, si no nos viésemos obligados a juzgarla más bien como un caso de superación en el intento de hacer mágica la realidad.

El demasiado íntimo será siempre sospechoso de entrega. No inseguros y despreocupados, queremos al talento y a la intuición, sino dramáticos y señeros. La poesía atormentada, dulcemente agonal, de Ethel

Kurlat, nos convence por su esencia dramática, y sus cuentos nos intranquilizan más, por cuanto su limpidez corre parejas con su tortura.

Y cuando hallamos en nuestra vía su exigente y limpia mirada, su huracán de canciones, sus zonas de tristeza y sus comarcas de angustia, pensamos en una inocencia que se consume en pasión. El acoplamiento de la inocencia y de la pasión nos inquieta. Esta mujer desnuda la soledad —pensamos instintivamente— y no se preocupa de que sus sueños se conviertan en resplandores de palabras. Su inteligencia es fuego en el que la alegría, goce y enajenamiento se consumen. En su verso, como en su prosa también, se consume toda su miseria y todo su orgullo. Esta sola reflexión de que desnuda arde, basta para movilizar la simpatía.

Los poemas y los cuentos de Ethel Kurlat viven, así, en una atmósfera quemante.

Sólo que el fuego se retuerce en la poesía y se hace diáfano en los cuentos. Lo que distingue a *Los días oscuros* es su profunda feminidad. Y la forma en que convierte en mágicas las cosas cotidianas. La magia realista de Ethel Kurlat se origina en que trabaja iluminando recuerdos. Su vocación la conduce a ir dejando que la realidad se traspase de ensueños. Los perfiles sinceros de la vida los traza con una tinta de evocación y de ternura.

Su actividad literaria, hasta ahora breve, la aplica a desentrañar el paisaje porteño y la vida íntima de la clase media bonaerense. En términos apasionados —sólo que de pasión aséptica— evoca vidas apacibles, sin complicaciones ni problemas. Lo que las acuña es la palpitación exaltada de los acontecimientos desconocidos, de lo que no se pudo vivir, o por lo que se atraviesa como en sueños de mujeres nostálgicas.

Los personajes de su libro de cuentos *Los días oscuros* —la suave y atormentada Irene Guillén, la romántica Selva Jordán, el fracasado Sergio Mariscal, la apasionada Zelmi Alonso y el escurridizo David Salazar, la desolada y triunfadora Elena Rúas; a más de tantas otras figuras secundarias, pero simpáticas— se nos presentan sin rebuscamiento dramático. Lo intenso de sus dramas proviene de que se los contempla tan de cerca, tan interiorizados y con tanto calor humano, que nos parecen hombres y mujeres que conocemos de toda la vida, y cuyos sueños y desventuras transcurren en comarcas que de tan reales se vuelven misteriosas.

Ethel Kurlat comprende íntimamente la exasperación humana y envuelve en una atmósfera de piedad a quienes se dividen y destruyen por su propia traición. Lo que la atormenta es el disgregarse sordo del hombre. Y lo que busca es la tipología del pueblo argentino, una tipología de gentes en aluvión, de fermentario racial, creciendo en un suelo “donde se vive en un ritmo de trabajo y esperanzas”.

Para mí, Ethel Kurlat es una de las escritoras más intensas de la Argentina. Lo es porque se mantiene atenta a lo que hace, a lo que dice y a lo que escribe. Toda ella es temblor poético y ternura. La que nos deja es la impresión de estar tomando a la vida los materiales, al mismo tiempo que crea el lenguaje en que la expresa. Lo crea por lo mismo que

no da la sensación de que soporta las palabras. Es ella quien las dirige, para su íntima esperanza, y bien se nota que da aire y ayuda a quien padece, como una mujer experta en ir brindando corazón.

\* \* \*

ANTONIO DE LA TORRE, *Coplas*.—Mendoza, Argentina, Ediciones Oeste, núm. 2, "Colección de autores cuyanos", 1943. 150 pp.

Modernismo y post-modernismo, si bien apuntan a América, marcan un principio desarraigal. Pudiera decirse que durante treinta años hemos vivido con una personalidad a préstamo. La poesía agonizaba por falta de puntos de sustentación. Semejaba una ceiba que, derribada por el huracán, vibraba toda con sus raíces al aire. Obligación nuestra, obligación generacional, era la de replantar la poesía en la tierra. Por dos caminos se está llegando a este replantamiento: por el del individuo que ahonda en sí mismo, en busca de la forma auténtica y el propio conocer, y por el de la colectividad, en cuyos estratos se sondea lo representativo y conductor de las esencias populares. Ninguna de las dos manifestaciones constituye corrientes aisladas. La tónica de la literatura actual marca una vuelta al hombre y un retorno a la autoctonía. Las formas líricas seculares en que el pueblo gusta de expresarse: romance, décima, copla, están obteniendo remociones técnicas, al par que se las dota del espíritu que reclama nuestro tiempo. Ni Arvelo Torrealba en las venezolanísimas *Cantas y Glosas al cancionero*, ni los argentinos Luis Cané en *Bailes y coplerías* y Antonio de la Torre en *Coplas*, han esgrimido la piqueta del exhumador, sino que han revalidado lo vivo del folklore, lo que cada pueblo va trabajando por dentro y el poeta capta con los instrumentos de la intuición creadora.

Antonio de la Torre pertenece al Cuyo, la provincia más continental de América, y figura en el Grupo "Oeste", esa mendocina anficción de oteadores de la americanidad. *Gleba* y *La tierra escondida* constituyen sus anchurosos antecedentes líricos. El trazo típico y la emoción colorista, lo enriquecen y conforman. Lo que circula por su canto es lo más vivo del sentimiento popular. Arturo Capdevila, refiriéndose a las coplas de Antonio de la Torre, afirma que son tan excelentes, que mejores no las conoce en castellano. Su virtud es desintoxicativa de lo culto a ultranza. Cultura llana es la que pone a circular cuando en su esencia lírica traduce dichas y nostalgias, pesares y ensueños. El sentimiento amoroso y el sentimiento del paisaje infunden carácter y buen aire a sus notaciones breves. Los que descubre son los primerísimos estímulos vitales. Porque vive embebido en la tierra sanjuanina —ahí donde transita aún la sombra recia de Sarmiento y el recuerdo grave de San Martín—, porque se empapa en lo más pueblo del pueblo, es decir, en lo más auténtico de sus tradi-